



ANDREA LONGARELA

Te espero en el fin del mundo

CROSS
BOOKS

ANDREA LONGARELA

Te espero
en el fin
del mundo



1993, Levi

—Muchacho, no sabes que se trata de la gran historia de tu vida hasta que te encuentras en su final.

Esas palabras me las dijo un hombre al que no conocía en el entierro de Maude Ferguson. Ella tenía treinta y cuatro años y había muerto por una infección respiratoria. Había sido fulminante. En solo dos semanas su estado había pasado de ser estable a comatoso. Tres días más tarde su corazón ya no latía. Una muerte inesperada que había dejado una familia rota y dos niños huérfanos de madre. Pete, el mayor, iba conmigo a la escuela y era capaz de correr un kilómetro más rápido que cualquiera. Hasta aquel día, en el que lo vi llorando sin parar con la vista clavada en una caja de pino, lo había envidiado.

Tenía diez años y ese era mi primer entierro. No conocía a Maude, pero su marido era electricista y trabajaba para mi padre, así que me habían obligado a ponerme el traje de los domingos y a ver por primera vez a un muerto postrado en un ataúd abierto.

Nunca olvidaré su palidez, mal escondida bajo una capa de maquillaje tan excesiva que lo único que lograba era acentuar más aún que ya no vivía. Tampoco, el olor, mezcla de

sudor, del aroma característico a incienso y madera de la iglesia y de lo que aún no sabía que se debía al cuerpo inerte del féretro.

Cuando salimos, mi padre se quedó en la entrada para despedirse del señor Ferguson. Yo bajé la escalinata de piedra para esperarlo bajo la sombra de los alerces. Era verano y el sol pegaba con fuerza.

El hombre desconocido que me había revelado una verdad sin pedirla frenó sus pasos al llegar a mi lado. Su mirada estaba perdida en algún lugar que nadie más parecía conocer. Tiempo después supe que cultivaba maíz y que frecuentaba el bar de los Baker las noches de música en vivo y pastel de moras negras.

—Exprime la vida, muchacho. Hazlo antes de que llegue el final y tengas que aceptar lo que has perdido.

—¿Qué ha perdido usted? —me atreví a preguntar.

Él me sonrió, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas. No me respondió. Solo palmeó mi hombro y se marchó.

Maude Ferguson no era su mujer. O quizá sí lo fuera y solo él lo supiera. Él y una muerta que ya jamás podría contarle.

Mientras reflexionaba sobre los consejos del hombre triste, la vi. Le daba patadas al tronco de un árbol. Vestía una falda de retales de colores y una casaca roja. Llevaba un sombrero de copa con una pluma amarilla que la hacía destacar como un rayo de sol en medio del luto que nos rodeaba. Enseguida me recordó a un personaje de circo.

Me acerqué y me fijé bien en ella. Era pequeña, estaba seguro de que aún no tenía diez años. También de que no iba a mi escuela. Hice memoria, pero nunca la había visto por la ciudad y Whitefish era tan pequeña que resultaba fácil reconocer a casi todo aquel con el que te cruzabas. Solo se trataba de una niña desconocida que destacaba con su estra-

falarío atuendo en aquel paisaje de polvo y muerte. Antes de darme cuenta de lo que hacía, ya me encontraba a su lado y le hablaba por primera vez.

—¿De qué vas disfrazada?

Se volvió, observó su falda con desconcierto y sacudió la cabeza un poco ofendida.

—No voy disfrazada, tonto. Quiero ser diseñadora de moda. Algún día me iré de aquí y seré famosa.

Pensé que no llegaría muy lejos, aunque no se lo dije. Nadie que no estuviera loco querría pagar por una ropa como esa. Pese a ello, acabaría descubriendo muy pronto que me había equivocado, porque aquella niña diminuta y un tanto excéntrica llegaría tan lejos como se propusiera.

Me senté sobre la tierra y la vi dar patadas a la gruesa raíz del alerce hasta que arrancó una rama que nacía salvaje en su base.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesito esto. Voy a hacerme un bastón.

Apoyó la rama en el suelo y simuló que era una cachava.

—¿Estás coja?

Se rio y comenzó a caminar con gestos exagerados.

—No necesito estar coja para llevar un elegante bastón. En eso consiste la moda.

No la entendía, pero tampoco podía dejar de mirarla. Es lo que ocurre cuando ves una estrella. Era una niña flaca, desgarrada. La ropa le colgaba en un cuerpo sin formas como si fuera un perchero cubierto de retales viejos. Sus ojos eran muy negros, al igual que su pelo, que estaba mal cortado y le llegaba casi hasta la cintura. Su mirada, un poco rasgada, me hacía pensar en almendras. Su piel, demasiado morena para la gente de las montañas. Al lado de mi pelo rubio y mis ojos claros sus rasgos se intensificaban. Parecía salida de un cuento. De un mundo que no existía. No de Whitefish,

una pequeña y aburrida ciudad de Montana donde lo más increíble que había sucedido en los últimos años había sido la infidelidad de David Howard a su mujer con un monitor de esquí.

Se colocó delante de mí y, cuando sonrió, descubrí que le faltaban un par de dientes.

—¿Quién eres, niño de las preguntas?

Me señaló con su bastón improvisado.

—Levi. Levi Manson.

Me tendió la mano con aparente formalidad. Los niños no se daban la mano; al menos, no donde yo vivía. Me fijé en que sus uñas estaban llenas de tierra y en que tenía una gran quemadura que deformaba su piel en la mano derecha.

—Violet Daphne Rose Cassavetes.

Me la estrechó con firmeza y después se sentó junto a mí a estudiar ese trozo de madera recién arrancado. Yo repetí su interminable nombre en mi cabeza hasta que perdió el sentido.

Violet Daphne Rose Cassavetes. Violet Daphne Rose Cassavetes. Violet Daphne Rose Cassavetes.

Era tan extraño como me lo parecía ella. Nadie que yo conociera respondía a uno semejante.

—¿Cuándo es tu cumpleaños, Levi Manson?

—El diez de marzo.

Ella abrió los ojos asombrada y lanzó un chillido de emoción.

—El mío el siete. ¡También de marzo! ¿No es increíble? ¿No te parece una señal?

Me encogí de hombros. No entendía qué importancia podía tener eso. No comprendía qué podía significar para ella que hubiéramos nacido en dos días y años diferentes, pese a que compartiéramos el mes, pero por su expresión deseé averiguarlo.

—¿Cómo te has hecho eso? —le pregunté, todavía mirando la cicatriz que brillaba rojiza entre el pulgar y el índice.

—Fue un oso. Entró en casa y me enfrenté a él con la escoba.

Me reí y sacudí la cabeza. Resultaba imposible sobrevivir a un oso con una escoba. Menos aún si eras una niña tan diminuta como Violet Daphne Rose Cassavetes. Me costaba decir su nombre sin trabarme.

—¿Tú sabrías hacer un bastón?

Miré la rama y asentí.

Nunca había hecho uno, pero pensé que no sería muy difícil. También, que así tendría un motivo para volver a verla.

—Te vendría bien. Por si el oso regresa.

Ella sonrió.

Ese día comenzó la gran historia de mi vida. Esa fue la primera vez que tallé algo para Violet. También, la última que escuché su nombre completo. En Whitefish siempre se la conoció como Vi, la hija del Loco Luke. Para mí fue Vértigo por un tiempo. Para el resto del mundo se convertiría en la gran Vida Rose unos años después.

Ese día, gracias al consejo de un hombre que acababa de enterrar al amor de su vida, yo conocí al mío.

Información adicional

Violet Daphne Rose Cassavetes, también conocida como Vida Rose, nació en Helena (Montana) el 7 de marzo de 1985. Su madre, Rose Mary Cassavetes, falleció en el parto por una hemorragia severa. Su padre, Luke Cassavetes, la crio en la capital hasta que aceptó un empleo en Whitefish, donde contaban con una casa de herencia familiar. Se mudaron allí cuando Vida Rose tenía ocho años. Se dieron a conocer en la zona muy pronto, aunque no por los motivos adecuados. Luke Cassavetes perdió el empleo como consecuencia de sus recurrentes problemas con el alcohol y acabó siendo conocido por sus vecinos como el Loco Luke. A pesar de ello, Vida Rose siempre mantuvo una buena relación con él. En más de una ocasión ha hablado de su padre públicamente en términos cariñosos, aunque no hay documentos de archivo que constaten que se hayan visto en los últimos años.

EXTRACTO DE LA BIOGRAFÍA NO OFICIAL
DE VIDA ROSE (DISTINTOS MEDIOS DIGITALES).

1994, Levi

—No voy a tirarme.

—Eres un gallina.

—Y tú estás loca.

Vi me sacó la lengua y echó a correr hacia el borde de las rocas. Pensé que pararía y que solo quería asustarme, pero, al llegar al límite, se volvió, me sonrió y desapareció. Mi corazón saltó contra mi pecho con tanta fuerza que lo sentí palpar en los oídos.

Corrí lo más rápido que pude y me asomé. Abajo, el agua se mostraba impasible, profunda, helada. Ella no estaba. Joder. Mis padres iban a matarme.

Nos encontrábamos en el Parque Nacional de los Glaciares. Era verano y mis padres solían llevarnos a mis hermanas y a mí unos días al camping. Me habían dejado invitar a un amigo, como cada año, y yo los había sorprendido a todos eligiendo a Vi en vez de a Markus. Ya había sido para ellos complicado aceptar mi amistad con la hija del Loco Luke como para encima tener que cargar con la responsabilidad de su muerte.

Descendí por las primeras rocas como pude, sintiendo mi estómago del revés y un temblor incesante en el cuerpo.

Odiaba las alturas. Odiaba la sensación de tambaleo que siempre me acompañaba cuando la seguridad del suelo quedaba lejos. Por eso estábamos allí, claro. Nos habíamos desviado de la ruta de senderismo para investigar por nuestra cuenta. Estaba prohibido, pero para Vi las normas nunca tenían sentido. Nos habíamos encontrado con una pequeña cascada que daba al lago. El agua era de un azul cristalino por el deshielo de los glaciares, aunque debía de estar tan fría que era imposible pensar que un cuerpo raquíutico como el de Vi pudiera sobrevivir. Me había retado a tirarme desde arriba y yo le había dicho que estaba loca. Y en esas estábamos. Yo buscando su cuerpo y ella arruinándome la vida.

Descendí otra roca, pero me di cuenta de que no podía bajar más. Era complicado y un suicidio. La única solución era lanzarme al agua como había hecho ella o dar la vuelta por la ruta del sendero hasta llegar abajo, pero para ello tardaría al menos una hora.

Me senté en la superficie y me tapé la cara con las manos. Entonces sentí un soplido en la oreja y me estremecí. Me volví y me encontré con su sonrisa.

—¡Buh!

Abrí los ojos, un poco por el alivio que sentí al verla sana y salva y otro poco por la rabia que me inundó a toda velocidad.

—¿Qué narices hacías?

Vi se rio y se sentó a mi lado. Sus piernas quedaron colgando sobre el vacío.

—¡Me parece increíble que te lo hayas tragado, tonto! ¿No viste la cueva?

Señaló un metro a nuestra derecha y vi la abertura que quedaba entre las rocas. Había espacio para un par de personas. Me la imaginé saltando sobre el pequeño saliente y escondiéndose con una sonrisa maliciosa. Era un estúpido.

Me levanté y ella me siguió hasta que quedamos resguardados y más seguros en aquel escondite.

—Perdona por no fijarme en los detalles, estaba intentando pensar en cómo recuperar tu cuerpo.

Su risa me enfadó aún más.

—Desde aquí, mal lo ibas a hacer —me recriminó por no parecer más decidido a salvarle la vida.

Fruncí el ceño. No me gustaba que creyese que era un cobarde; ya lo pensaba yo solo la mayor parte del tiempo. Ella golpeó mi hombro con el suyo y me rodeó la rodilla con la mano. Su cicatriz brillaba. Tenía algo que siempre me hacía mirarla. El miedo que había sentido minutos antes me hizo pensar en qué pasaría si un día Vi se hacía daño de verdad. La imaginé toda ella una cicatriz, desde su frente hasta los pies, y me tensé.

Alargué la mano y rocé la suya. La piel era más suave sobre la vieja herida.

—¿Cómo te la hiciste, Vi?

Ella sonrió y miró al frente. Sobre nosotros, un hilillo de agua caía de entre las rocas. Una cascada diminuta solo para nuestros ojos por estar en aquella gruta improvisada.

—Me picó una serpiente. La mano se me hinchó tanto que me explotó este trozo de piel. El veneno era de un color púrpura tan intenso que jamás he visto uno igual.

Asentí. No era verdad. Nunca lo era cuando se trataba de su mano, pero me encantaba oír a Vi inventarse historias en las que siempre era una niña valiente y temeraria capaz de superarlo todo. Así que me callé. Porque lo era. Era la persona más valiente que yo había conocido. Y también estaba loca. No eran cualidades incompatibles.

Cuando regresamos con mi familia, mis padres no parecían muy contentos. Al final, entre travesuras y saltos al vacío, había comenzado a anochecer.

—¿Dónde demonios os habíais metido? He venido aquí a descansar, ¡por todos los santos, Levi!, no para que me provocéis una úlcera.

Escondí el rostro ante la regañina de mi padre, un poco avergonzado, pero Vi se metió un trozo de pastel de manzana en la boca y le sonrió con esa picardía que rebosaba en ella.

—Lo siento mucho, señor Manson. Me lancé al lago desde una cascada y Levi tuvo que buscar todos mis huesos y montarlos uno a uno hasta volver a ponerme en pie. —Movió sus brazos como si fueran de gelatina y las risas de mis hermanas rompieron el silencio—. ¿Lo ve? Aún queda alguna pieza suelta.

Mi padre sacudió la cabeza y fue en busca de mi madre. No obstante, oí que se reía entre dientes.

—¿Has oído eso, Sarah? Esa niña está como un cencerro.

Miré a Vi, que me sonreía con complicidad, y le devolví la sonrisa.

Ellos no comprendían mi relación con Vi, era cierto. Veían en ella a una niña que vestía con ropa vieja que nunca era de su talla, que no se cortaba el pelo desde hacía una eternidad, que estaba malcriada y que tenía un futuro dudoso por su situación familiar. Una mala influencia para un chico algo introvertido, responsable, de buenos modales y familia respetable que tenía una empresa de renombre en el condado con una reputación que mantener.

No obstante, en el fondo, nadie era inmune a los encantos de Vi. Ni siquiera mi padre. Lo supe cuando volvió a salir de la caravana con una cerveza y una sonrisa en los labios que pocas veces nos dejaba ver. Se sentó a mi lado y abrió la lata. A lo lejos, Vi analizaba con mis tres hermanas un hormiguero que acababan de encontrar entre la hierba. Shannon la odiaba, no era un secreto que la miraba con una envidia que nin-

guno por entonces comprendíamos. En cambio, Anna y Elisa, que tenían siete y seis años, la observaban con una admiración palpable.

—¿Qué le pasó a su padre?

Me incomodó un poco la pregunta. No me parecía bien compartir con nadie las confidencias que Vi me había hecho solo a mí, pero era mi padre. Y quizá que conociera un poco más su vida ayudaría a que la mirase con otros ojos.

—Su mujer murió. Antes de eso no bebía. O eso dice Vi, porque nunca la conoció. Fue en el parto.

Chasqueó la lengua y le dio un trago largo a la cerveza. Henry Manson siempre ha sido un hombre compasivo.

—Aparte de un borracho, ¿cómo es? ¿Es de fiar?

Pensé en Luke Cassavetes. Lo había visto poco, pero siempre me había tratado bien; casi me miraba con orgullo por ser el único amigo que tenía su hija. Los rumores sobre él llenaban las calles de Whitefish y ya se había metido en algún problema en los bares, pero parecía inofensivo. Además, Vi hablaba de él como si fuera una especie de superhéroe retirado.

—Yo diría que sí.

Asintió y después suspiró profundamente. Cuando mi padre hacía eso significaba que acababa de tomar una decisión.

—Cuando volvamos, ve a hablar con él. Dile que tiene una oferta de empleo de mi parte.

Parpadeé sorprendido. Miré a Vi y luego a mi padre. Sin saber por qué, se me empañaron los ojos; me sentía conmovido. Y, sobre todo, orgulloso del hombre que tenía a mi lado. Algún día, yo sería como él. Me prometí que lo haría sentir de igual modo. Sería el mejor sucesor que pudiera imaginarse para Construcciones y Reformas Manson. Jamás lo decepcionaría.

—Gracias, papá.

En cuanto regresamos a casa, dos días después, Vi y yo le contamos a Luke la buena noticia. Él se mostró emocionado y agradecido. Esa tarde se afeitó y, junto a Vi, revisaron las prendas que guardaban polvo en el armario.

Era posible. Que la vida de Vi mejorase estaba a nuestro alcance.

Tenía once años, pero estaba aprendiendo que las decisiones que tomamos, por muy mínimas que sean, tienen consecuencias enormes en la vida de los demás. Mi padre contrataba continuamente a obreros para reformas según el nivel de trabajo que tuviera. Sabía que los trataba bien y que el sueldo era digno. Era un hombre muy respetado y querido en la zona. Le daba igual que fuera Luke o cualquier otro, pero lo había escogido a él, incluso conociendo los riesgos. La admiración que siempre he sentido por mi padre echó raíces en mí en ese instante y jamás desapareció.

• V •

El lunes siguiente, Luke Cassavetes salió de su casa con una sonrisa y con el almuerzo que le había preparado su hija de nueve años en una fiambra escolar de flores. No había bebido ni una gota de alcohol en todo el fin de semana. El martes, cuando llegó de trabajar, se premió a sí mismo abriendo una botella de vino para acompañar la cena. «Solo una copa», se dijo. Había sido un buen día y le gustaba sentirse un hombre renovado. El miércoles, a las seis de la tarde, estaba tan borracho que Henry Manson, mi padre y la única persona que había creído en él, tuvo que recogerlo con su coche con ayuda de otros dos compañeros y llevarlo a su casa.

El jueves ya no se levantó de la cama. Había perdido el trabajo, su hija no le hablaba y, como castigo, le había tirado

toda la bebida por la taza del váter. Pese a ello, encontró una botella de licor de hierbas en el trastero. A las cinco de la tarde ya se la había acabado.

El viernes todo seguía igual en el hogar de los Cassavettes, como si nada hubiera ocurrido. Como si no hubiéramos creído todos, por unos instantes, que lograrlo era posible.

—Gracias por creer en él —me dijo Vi unos días después.

—Es en ti en quien creo —respondí.

Pero eso no importaba, porque ambos sabíamos que Luke era su padre y que de él dependían las posibilidades de Vi. Era duro, pero así funcionan las cosas.

—Algún día me iré muy lejos de aquí.

No era la primera vez que me lo decía, pero sí la primera ocasión en la que pensé que no era una fantasía ni un deseo infantil. Sino que, un día, Vi haría realidad esa promesa que sonaba casi a desafío.

—Te echaré de menos.

Asentimos. Luego jugamos a las cartas y olvidamos lo sucedido como solo pueden hacer los niños.

A los once años, gracias a mi padre, a Luke y a Vi, aprendí que las decisiones que tomamos no solo influyen en los demás para bien, sino que también pueden joderles la vida.